

EL CONTEMPORANEO.



Edición de Madrid.

MADRID. — 12 rs. al mes en la Redacción, Administración y demas oficinas del periódico, establecidas en la calle de Trágueros (Prado), núm. 20, entresuelo. — También se suscribe en las librerías de Bailly-Baillière, calle del Príncipe, núm. 11; Cuesta, calle de Carretas, número 9; Lopez, calle del Carmen, núm. 29; Durán, Carrera de San Gerónimo, y en todas las demas principales librerías de esta corte.

Madrid. — Domingo 2 de Marzo de 1862.

PROVINCIAS. — 15 rs. al mes y 45 el trimestre; pero es indispensable poner el importe en la Administración por una persona, ó en el correo directamente en letra, libranza ó sellos de correos, porque las suscripciones indirectas en las Administraciones de Correos y principales librerías, ó girando esta empresa contra el suscrito, cuestan 50 rs. el trimestre. — Ultramar 80 rs. trimestre, y Estranjero 20 rs. al mes.

Año III.—Número 565.

MADRID.

1.º DE MARZO.

«Me conoces?» Así podría decir el conde-duque, poniéndose por careta la circular del Sr. Posada, á los antiguos admiradores del programa de Manzanares.

No les dió mal bromazo S. E., disfrazado de comandante de la Milicia, á los que creyeron en sus palabras. Pero los años se suceden, y es preciso que cada Carnaval se varíe el traje para poder seguir embromando á los crédulos y á los tontos.

Las mascaradas políticas están muy en moda y no hay vicalvarista que no tenga por lo menos dos trajes, con el objeto de alternar en los sarasos de la situación.

Aunque aquí las máscaras salen á la calle todos los días del año, como ahora estamos en pleno Carnaval, se despierta la afición y aumentan los disfraces.

El vicalvarismo anda vestido de liberal para que las gentes no le conozcan, y poder así embromarlas á su gusto; pero por debajo del gorro asoma la oreja, y á dos leguas de distancia va diciéndole quién es y lo que se propone.

Se ha puesto la Constitución por montera, y á caballo en el parlamentarismo cruje el látigo de la influencia moral para llegar al fin de la jornada, que ignoramos cuál será, porque no se sabe á punto fijo hacia dónde camina.

Desde su cabalgadura arroja caretas á los que le siguen, y estos se las ponen delante de la cara, y creen que nadie les conoce.

Así vemos á unos que eran ayer progresistas, disfrazados hoy de neo-católicos, y á otros que sirvieron en las filas de D. Carlos, vestidos de liberales.

Hay demócratas de antes, que ahora apoyan el absolutismo; y hay antiguos defensores de la famosa base segunda, que son modernos apologistas de la intolerancia.

Dios sabe si al año que viene habrán mudado los actuales disfraces, y volverá cada uno á su traje primitivo ó adoptará el que entonces esté de moda, según el último figurin *comm'il faut* en el mundo de los presupuestos.

Porque aquí lo que se necesita es saber vivir sobre el país y debajo del gobierno, sopena de pasar por tonto y de no divertirse ni sacar partido en los carnavales de la política.

Vistióse una mañana el conde-duque de patriota, y salió al Campo de Guardias con su compañero el futuro capitán general de Cuba, ofreciendo el oro y el moro á los pueblos, que aunque no era carnavales ni mucho menos, tuvieron la inocencia de creer en la broma.

Y si la broma fué pesada, diganlo los progresistas, y sobre todo, el bueno de D. Baldomero, que se tragó la píldora con la mayor candidez, y como si tal cosa.

Pero el conde-duque, despues que ya se había solazado patrióticamente á la salud de los incautos, tiró el traje de miliciano, quitóse la careta, y exclamó: «Caballeros, no hay nada de lo dicho, ha llegado el miércoles de ceniza de este carnaval, y basta de bromas.»

Esto diciendo, les puso la ceniza en la frente á sus camaradas, y se acabó la funcion como el rosario de la aurora.

Pero los embromados de entonces tuvieron la puerta abierta para tomar parte en el nuevo carnaval que se disponía, y algunos entraron á servir de comparsas con el sobrenombre de reselados.

Ahí los tienen Vds. desempeñando su papel á

las mil maravillas, hasta que llegue la hora de las grandes liquidaciones que anunciaba un periódico vicalvarista, y que llegarán, si Dios no lo remedia, porque como dice el proverbio, á cada uno le llega su San Martín.

La discusión de los presupuestos sigue trabajosamente su curso en el Congreso de los diputados, y por mas que digan los partidarios de la situación, las oposiciones han cumplido y cumplen con su deber, fundando en el exámen de algunas partidas cargos de suma gravedad contra el gobierno. Es indudable que al discutirse los presupuestos no puede la oposicion pasar de ciertos límites, pues aunque se demuestre, como se ha demostrado, que la organizacion de ciertos ramos es viciosa, no pudiéndose inmediatamente sustituir con otra, es indispensable aceptar los gastos que se proponen con aumentos ó con economías insignificantes y que solo se refieren á los detalles; pero la opinion se ilustra con el conocimiento de circunstancias poco conocidas del público, y se pronunciará cada vez con mas energía en favor de las modificaciones y mejoras que urgentísimamente reclama nuestra administracion.

Con frecuencia y con grande estension nos hemos ocupado y seguiremos ocupándonos en lo que se refiere á la marina de guerra, cuyo desarrollo tanto importa al futuro engrandecimiento de España, y lo que dependen de otros ministerios. Ahora nos limitaremos á esponer las consideraciones que nos ha sugerido el presupuesto de la Gobernacion.

Aunque nunca nos haya inspirado gran confianza como hombre político el Sr. Posada, porque sus antecedentes en esta materia no podían hacer que se le creyese á propósito para llevar á cabo en sentido liberal y centralizador las reformas que pública y solemnemente habia ofrecido el jefe del gabinete, creimos siempre que el actual ministro de la Gobernacion seria una verdadera notabilidad, poco menos que un prodigio, en cuanto se refiriese al mecanismo de la administracion: se le habia tenido por competentísimo en esta materia, sin duda porque esplicó un curso de derecho administrativo en el Ateneo cuando esta especialidad era de pocos conocida en España; pero es lo cierto que desde entonces el Sr. Posada ha sido secretario y fiscal del consejo é individuo de las diversas juntas que se han nombrado para estudiar y preparar las leyes administrativas, y de esto se deduce que debe tener grandes y profundos conocimientos teóricos y prácticos en este ramo del derecho. ¿Ha correspondido el Sr. Posada, como ministro, á sus antecedentes y á su reputacion? Desde luego se puede contestar negativamente á esta pregunta, sin que se nos tache de apasionados.

Considerando las cuestiones administrativas desde el punto de vista de la ciencia y del derecho constituyente, el Sr. Posada, á pesar del talento que le reconocemos, ha dado una pobre muestra de sí con los proyectos de ley de ayuntamientos, y para el gobierno de las provincias. Del segundo apenas habrán salido intactos diez artículos de las discusiones de ambos cuerpos colegisladores, y esta circunstancia, es un argumento terrible en contra de su competencia administrativa; y el primero, está siendo hace meses objeto de los debates mas acalorados en el seno de la comision, y todo indica que seguirá la misma suerte que todas las obras del Sr. Posada. Ademas, nosotros hemos asistido á las discusiones públicas á que ha dado lugar el proyecto de ley para el gobierno económico-administrativo de las provincias, y de los discursos del señor ministro se deduce

claramente que para S. S. la ciencia no ha adelantado un paso de veinte años á esta parte. El señor Posada no vé en la organizacion administrativa nada mas allá de lo imaginado en Francia por el directorio y por el emperador, sistematizado por algunos escritores para darle un aspecto científico.

Prescindiendo de este orden de consideraciones, ¿qué ha hecho el Sr. Posada para mejorar la administracion? Una sola medida importante se ha adoptado bajo su mando, y es la creacion de la junta de construcciones civiles y la de la seccion correspondiente en la secretaria de su cargo; esta reforma importa un aumento notable de centralizacion, es una rueda mas en su complicado mecanismo, y por tanto, crea nuevas dificultades y nuevos trámites que retardan y embarazan las mejoras materiales de las poblaciones, que hoy no pueden dar un paso sin la intervencion del ministerio.

El mismo Sr. Posada ha dicho que se han despachado en el año último mas de 56,000 expedientes, en su mayor parte relativos á intereses de las localidades; muchos de ellos no han ingresado en el mismo año de su despacho, y algunos estaban hacia largo tiempo en la secretaria y antes de llegar á ella habian sido objeto de una larga tramitacion en las capitales de provincia y en los pueblos, de donde se deduce que entre la necesidad, tal vez imperiosamente sentida de una mejora, y su realizacion media de ordinario un espacio de tiempo, durante el cual pueden haber variado y varian con frecuencia las circunstancias y legítimas aspiraciones de las localidades. Por otra parte, todas ellas están ligadas por fuertes vínculos al gobierno, que en su virtud es árbitro en todas ellas, convirtiendo así el sistema parlamentario en una ilusion, como oportunamente dijo en su último discurso el Sr. Salazar.

En cuanto á los ramos especiales que corren á cargo de la administracion, el Sr. Posada no ha hecho ni lo mas mínimo para introducir en ellos las reformas que exigen, en telégrafos por ejemplo, á pesar de la inteligencia y celo de los jefes, reina una verdadera anarquía, no existe un reglamento bien meditado, está confundida la contabilidad con las operaciones de recepcion y trasmision, en una palabra, no encontramos como al día siguiente de establecerse este importantísimo servicio, no en cuanto se refiere á la parte material y científica, sino en lo relativo á la administrativa, que es justamente la que debía mejorar el ministro.

En cuanto á la reforma de las poblaciones, aun sin considerar el proyecto de ley que pende del exámen del Senado, y que á tan justas reclamaciones ha dado lugar, basta solo ver lo que en Madrid pasa con vergüenza de todos sus habitantes y con perjuicio de nuestro buen nombre. En el momento en que nos hallamos, y cuando hace tantos años que se piensa y se trabaja en el embellecimiento de Madrid, se carece de un plano de la poblacion. Las alineaciones de las calles se varia cada dos años, resultando de aqui las irregularidades mas chocantes y mas incómodas para el público.

Por último, en 1848 se publicó el Código penal vigente, en que se establecian para los diversos delitos, diferentes penas que exigen edificios y establecimientos distintos; pues bien, habiéndose dispuesto de una enorme suma procedente de la amortizacion, el Sr. Posada no ha hecho uso de su iniciativa para que llegue á ser en su día una verdad la escala de penas que establece el Código; con este objeto ademas de los cárceles en que debieran únicamente estar con la conveniente separacion los detenidos, y los que están pendientes

de fallo, debe haber establecimientos donde se sufra la prision, la reclusion, y el presidio; cada uno de ellos, con condiciones especiales y distintas. Hoy no existen mas que los mal llamados presidios, sometidos á un mismo régimen en cuanto á alimentacion, á trabajo y todas las demas cosas, y eso que tenemos una direccion *soi-disant* de establecimientos penales, y un ministro que pasa todavía por muy hábil en materias administrativas; en esto, como en todas las cosas, se tocan las grandes ventajas de esta situacion, que ha empleado el tiempo que lleva de vida únicamente en vivir, sin pensar para nada en los intereses públicos. El señor Posada, haciendo elecciones, distribuyendo destinos hasta el punto de no haber de pié en su secretaria los empleados en ella, y persiguiendo encarnizadamente á los periódicos que no le elogian, cree que cumple con su deber: así entiende la administracion el famoso catedrático de derecho administrativo.

La España ha interpretado muy mal nuestras palabras, y francamente, se echa la tierra encima, por el gusto de levantar castillos en el aire. La España debe conocer, como nosotros conocemos á La España, y saber que no cabe en nuestras costumbres acusar á nadie, aunque nos sobrasen motivos, de que adula á los mas poderosos: quien no es capaz de cometer vileza, no cree nunca que otros se la achacan, ni aun embodazadamente.

Dijimos que nuestro colega colmaba de elogios al marqués de la Vega de Armijo, ministro, despues de haber censurado con vehemencia al mismo personaje, gobernador de Madrid. ¿Se deduce de esto que La España se ha puesto á merced del marqués de la Vega de Armijo, sin mas razon que por verle encumbrado? No: lo único que se desprende de nuestra cita histórica, es que La España, periódico de oposicion furibunda, atacó casi con crueldad al gobernador de Madrid, á quien nosotros y los demas diarios opositores tratáramos con las consideraciones debidas á su celo y acierto en aquel cargo; mientras La España, periódico ministerial de nuevo cuño, tiene grandes alabanzas para el ministro de Fomento. Ofendáse, pues, consigo mismo si toca las consecuencias de tan extraños cambios en tan breve tiempo, no con los que la hemos visto pasar de unas filas á otras, borrando en pocos meses de ministerialismo vergonzante, la gloria adquirida en catorce años de buenos servicios á la causa de sus correligionarios. Entre los inconvenientes que llevan en sí ciertas evoluciones inesperadas, no es el menor el de haber de incensar á las mismas personas contra las cuales se disparaban el día anterior dardos envenenados.

La España puede estar segura de que no le profesamos rencor ni mala voluntad por el auxilio que presta á una situacion, saludada al nacer por nuestro colega con aquellas famosísimas dominicales, y despues con escritos todavía mas vigorosos y razonados, si cabe. Por el contrario, como simpatizamos con todas las desgracias (y no es poca la que se le entró por las puertas á La España con su fervor vicalvarista), celebráramos en el alma tener ocasion de rendirle un tributo de respeto. Este día llegará cuando comprenda lo muy descarrada que anda, de algunos meses á esta parte.

Y es tanto mas de notar el repentino entusiasmo de La España por el joven marqués, cuanto que este afortunado individuo de la union liberal era un excelente gobernador, y por las muestras que da, se halla muy lejos de ser un buen ministro. La imparcialidad de que blasona La España,

debiera hacerle conocer que, sin escuchar la voz del resentimiento, podía defender hasta con exageracion los intereses de las provincias vascas, y no dar á los pobres discursos del ministro de Fomento la importancia de arengas catonianas, ó poco menos.

A las malévolas insinuaciones del último párrafo de La España no queremos contestar, porque al hacerlo podríamos ofenderla; y, lo repetimos, nunca será ese nuestro ánimo. La España es la que desde nuestra aparicion en el estadio de la prensa nos ha tenido poco afecto, y hasta nos ha ofendido y se lo hemos perdonado por el respeto que nos merecía su historia y su tradicion, tradicion que ha roto, arrojando catorce años de glorias á los pies del ministro de la Gobernacion; es decir, á los pies del ministro mas descreído que haya podido tener jamás nacion alguna.

Porque estimamos á La España nos duele y nos affige el verla servir de instrumento de los hombres que olvidando todos sus compromisos se han unido para mandar en nombre de cualquier principio y de cualquier idea que los sostenga en el poder.

Nuestros ataques á La España, si así pudieran llamarse, nacen de afecto y no de odio, y La España no puede dudarlo. Por lo demas, La España puede ser todo lo enemiga que quiera de los Aludidos, lo que nada nos importa, sin alabar por eso lo que en el fondo de su conciencia de seguro no alaba, y sobre todo, no llevar su pasion al extremo de leer en nuestras columnas lo que no hemos escrito, ni pensado en escribir, dirigiéndonos insinuaciones venenosas que no pueden darnos, porque hay organizaciones para las cuales son impotentes ciertos venenos.

Con el mayor gusto oímos ayer al Sr. Candau. Nosotros, que tenemos un verdadero amor por las provincias andaluzas, no somos, sin embargo, de los que por adularlas fomentemos jamás la antipatía que produce el espíritu exagerado de provincialismo; deseamos el engrandecimiento de la patria, y para nosotros son españoles cuyos intereses hemos de defender lo mismo los hijos de las cumbres de los Pirineos españoles como los que han visto la primera vez la luz del sol en las playas de Cádiz; pero á pesar de esto, no podemos menos de dar la enhorabuena al señor Candau por el amor y tino con que defendió los intereses de las provincias del mediodía de España, tan olvidadas por este ministerio, que lo ha sacrificado todo á la satisfaccion de las exigencias del célebre asturiano Sr. Posada.

Vindió el Sr. Candau á los andaluces de la nota injusta que tienen de poco trabajadores, y en defensa de la industria de aquellas provincias, adujo datos numéricos incontestables.

Pero donde estuvo el diputado de Ostuna verdaderamente enérgico y razonado, fué cuando acusó al gabinete por el favoritismo, que le lleva á satisfacer las exigencias de los diputados ministeriales, olvidando los intereses de las provincias que están representadas hoy por diputados de la oposicion.

Censuró enérgicamente la inmoralidad política de ahora, ridiculizando grandemente á los que cuando llegan las elecciones van á los distritos, cual otros Dulcinaras políticos, prometiendo PUNTES, carreteras, y otras mejoras que han de hacerse luego sacrificando los intereses generales y á costa de otras provincias que tienen el mismo derecho para ser atendidas por el Estado.

Felicitamos en nombre de los andaluces cordial y sinceramente al Sr. Candau por su discurso de ayer.

Anoche se recibió el siguiente despacho tele-

FOLLETIN DE EL CONTEMPORANEO.

LOS DRAMAS DE PARIS

EL VIZCONDE PONSON DU TERRAIL.

SEGUNDA SERIE. — TERCERA PARTE.

EL TESTAMENTO DE GRANO-DE-SAL.

Hubo en el acento con que Flavia pronunció esta palabra tanta fuerza y admiracion, que Victor renunció desde luego á toda diplomacia.

Así una mano á su hermana, estrechóla cariñosamente, y le dijo:

—Mira hermanita: tú eres la persona que mas amo en este mundo, y no quiero que tengas secretos para mí. Así, pues, responde.... Dime la verdad.

—Pero... Victor: ¿de qué se trata? Yo no sé....

—Pero yo sí sé!

Y miró á su hermana con tal fijeza, que esta apartó su mirada.

—Tú amas á un hombre, dijo.

Ella ahogó un grito.

—A un hombre que viene aquí por las noches.... Todas las noches, quiero decir.

—¡Oh!

—Llega á caballo, lo deja fuera del parque, y tú le recibes en ese pabellon....

Flavia se cubrió el rostro con ambas manos.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! murmuró.

—¿Quién es ese hombre?

Victor apretó la mano de su hermana.

—¡Quiero saberlo! dijo. ¿Es Raoul de Montalet?

—No, contestó Flavia con voz moribunda.

—¿Es Amaury?

—No.

—¡Oh! dijo Victor. ¡Es preciso que sepa yo quién es ese hombre!

Flavia se arrojó á su cuello, y le dió un beso.

—Voy á decirte, exclamó, porque hace mucho tiempo que padezco.

—¡Mi querida hermanita! dijo Victor oprimiéndola entre sus brazos.

X.

Flavia seguía abrazando á su hermano con una especie de frenesí.

—Vamos, niña, dijo Victor; habla, dime todo.

—¡Ah! Si supieras cuánto te amo.

—¿Y él?

Flavia se estremeció.

—¿Te ama?

—¡Oh! ¡Sí! ¡Lo creo!

Victor no se atrevió á preguntar el nombre de aquel hombre.

—¿Dónde le has conocido?

—¡Ah! dijo Flavia, como si esta pregunta la tranquilizase; ¡ah! si tú supieras....

—Quiero saberlo todo.

—Es una novela, dijo la joven suspirando.

—Pues bien; cuéntamela.

Flavia se sintió mas alentada con la dulzura de su hermano.

—Fué en Paris, el año pasado, en la casa de nuestra tia Morfontaine.

—Sí, ya sé que pasaste algunos días á su lado.

—Papá y mamá vinieron á la Martiniere para dirigir algunas plantaciones. Fué en el mes de marzo....

—¿Y bien?

—Sabes que nuestra tia se hallaba sola, pues nuestro tio el marqués de Morfontaine apenas paraba en su casa desde el casamiento de nuestra prima Victoria con M. de Pierrefeu.

—Lo sé.

—Mi tia, pues, se hallaba sola, y me llevaba consigo á todas partes.

Un día nos halláramos en el bosque y paseáramos en carruaje alrededor del lago. Los caballos que tiraban del carruaje habian sido comprados el día anterior por la cantidad de veinte y dos mil francos.

—¡Ah! dijo Victor: recuerdo ese suceso: los caballos se asustaron del ruido de la cascada....

—Sí; y se desbocaron, tirando al cochero del pescante, añadió Flavia. Durante cinco minutos fuimos arrebataadas por los caballos, que furiosos iban á precipitarse en el lago, llevándonos á una muerte cierta. Felizmente recibimos un auxilio inesperado.

—¿Un ginete que apeándose?....

—Sí.

—¿Se lanzó resueltamente á la cabeza de los caballos, y acabó por sujetarlos despues de luchar valerosamente?

—¡Sí! ¡Era él! murmuró Flavia con entusiasmo.

—¡Ah! dijo Victor pensativo: ¿dónde le has vuelto á ver?

Flavia continuó:

—Escribió la gratitud de mi tia, y cuando el cochero se hubo colocado otra vez en el pescante, montó á caballo, nos saludó y partió al galope. Mi tia no le ha vuelto á ver.

—Pero.... ¿tú?....

—Yo, continuó Flavia, cuya voz tembló, dos días despues, al abrir la ventana de mi cuarto, que dá sobre la calle de Vameau, ví pasar un ginete, que marchaba al paso, y el cual levantó la cabeza como si buscase una mirada.

Era él.

Saludóme y pasó; pero nos bastó cruzar aquella mirada para comprender que nos amábamos.

—¡Pobre Flavia! murmuró Victor.

Por las megillas de la joven rodó lentamente una lágrima.

—¿Y despues?

—¡Ah! despues, suspiró Flavia, le he vuelto á ver muchas veces.... casi todos los días.

—Pero... ¿dónde?

—Primeramente algunos días despues... en un baile.

—¿En qué casa?

—En la de los Montalet.

Victor tembló.

—Sabes, dijo Flavia, que Mad. de Lamarens, hermana de M. de Montalet, hace durante el invierno los honores en el salon de su hermano.

—Lo sé.

—Al verme, atravesó por medio de la multitud y bailó conmigo toda la noche.

—¿Qué mas?....

—Una noche, del mes de mayo, confióme Flavia, fué á Santo Tomas de Aquino con la doncella de mi tia; Julieta se sintió indispuesta en la iglesia, y me pidió permiso para salir un momento.

Esperé una hora, dos; Julieta no parecía.

Entonces y por primera vez de mi vida, salí de la iglesia y me atreví á caminar sola por las desiertas calles de nuestro querido faubourg de Saint-Germain. Apenas habedado un centenar de pasos, tropecé con un hombre....

—Era él; ¿no es cierto?

—Sí: osó saludarme.... y me habló.... Su mirada me turbó: su voz me causó una sensacion estraña.... me sentí fascinada....

—¡Sigue! ¡Sigue! dijo Victor con febril impaciencia.

—Segu viéndole en Paris.... despues le he vuelto á ver.... aquí....

Victor miró á su hermana; aquella mirada tenia una elocuencia terrible.

Flavia tembló de pies á cabeza, y cuanto habia en ella de pudor alarmado, de sangre aristocrática y altivez femenina, se sublevo violentamente.

—¡Victor! ¡Victor! ¿has podido creer que fuese yo indigna de tí: de nuestra casa!

Victor la estrechó entre sus brazos, y añadió gravemente:

—Pues bien! Puesto que amas ese hombre y que él te corresponde, os casareis.

Estas palabras llenaron de espanto y de júbilo á la pobre niña.

—¡Dios mío! exclamó: pero tú no sabes....

—¿Qué?

—No has oido decir á mi padre que la hija de un noble....

—¿Y bien?

—Solo debe casarse con uno que lo sea tambien.

—Es verdad: ¿y él?

—No es noble.

—¡Ah! dijo Victor, cuyas ideas se inclinaban con espantosa rapidez hacia una certidumbre.

—¿Y es esa la causa de que no haya pedido tu mano?

—Sí.

—Pues bien, tranquilízate y tranquilízate: puesto que le amas, será precisa que nuestro padre....

—Espera, dijo Flavia; aun no lo sabes todo.

Las sienes de Victor se bañaron en sudor.

—¿Qué quieres decir? preguntó.

—Que razones políticas le han obligado toda su vida á llevar un apellido plebeyo. Pero tiene un tio que lleva su nombre verdadero, y cuyo heredero es: cuando fallezca ese tio....

—Flavia, ¿crees en la honradez de ese hombre?

—¡Oh, sí! dijo ella.

—¿En su amor?

Flavia se puso una mano sobre el corazon, y dijo con exaltacion:

—¡Me ama!

—Pues bien, dime el apellido que lleva ahora! exclamó Victor arrojándose tanta fé en aquel hombre como en el mismo Dios.

—¡Se llama Alberto Morel!

Victor esperaba oír este nombre, y, sin embargo, sintió como una conmocion eléctrica.

—¡Eh! dijo á su vez.

—¿Le conoces? exclamó Flavia con júbilo.

—¡Sí!

—¡Ah! Es cierto: acabas de llegar de la casa de los Montalet.

—He cazado con él durante todo el día.

Flavia se equivocó al juzgar de los sentimientos de su hermano.

—¿Es verdad que es noble y hermoso?

—Es un joven muy bello, dijo secamente.

—¡Oh! añadió Flavia; basta mirarle para comprender que no puede ser el suyo el nombre de Alberto Morel. Hermanito, añadió cariñosamente, rodeando con un brazo el cuello de Victor, me ofreses tu apoyo para con nuestro padre?

Esta pregunta era demasiado directa, para que Victor pudiese eludirla con facilidad.

Vaciló un momento, y repuso:

—¿Cuándo debes verle?

La joven turbada, no contestó:

—Habla; te lo ruego....

—Pues bien... esta noche.

—¿A qué hora?

—A las diez.

—¿Dónde?

—Aquí.

—¡Bien está!

—Lo dices de un modo....

—Es que quisiera tener la seguridad de que ese hombre te hará feliz.

gráfico, que debe de ser oficial, porque lo publica sin correctivo un diario del gobierno:

«Londres 1.º»—Acaban de recibirse noticias de Veracruz que alcanzan al 29 de enero. Miramon ha sido preso...

Juarez conviene en que el gobierno mejicano no ha cumplido sus compromisos con las naciones interventoras...

La prisión del general mejicano, por orden del comodoro inglés, tiene para nosotros algo de anómalo...

No puede dudarse un momento que las pretensiones de Juárez acerca de la evacuación del territorio de Méjico por las fuerzas hispano-francesas...

Hemos oído decir que el gobierno piensa enviar á Méjico al general Contreras. Nos alegráramos de que la noticia sea cierta.

El conocido ministerial que escribe las cartas de El Diario de Barcelona ataca tan injusta como rudamente á D. Antonio de los Ríos y Rosas...

El Sr. Mosso nos remite para su inserción la siguiente carta: Señor director de El Contemporáneo.

Muy señor mío: Con indecible placer hemos leído las navarras la primera parte del discurso del Sr. Salamanca sobre el ferrocarril de los Aldudes...

Todo este vino se ha consumido desde Onderrito hasta mi entrada el Bearn, sin necesidad de ir á San Sebastián ni á Bayona.

Valcarlos y Muña en caballerías, vayan por los Aldudes y desde allí ó muy cerca, continuen su dirección natural hasta Tolosa...

En mi anterior comunicación dije á V. que Bilbao ha muerto á San Sebastián, y yo afirmo en ello.

Esto hace ver que San Sebastián ha perdido la importancia que se le quiere atribuir, y no es justo sacrificar los intereses de otras provincias por el imaginario de una pequeña é insignificante población.

La Gaceta de ayer publicó la distribución de los fondos por capítulos para cubrir las obligaciones del mes de marzo próximo.

El Sr. Leon y Medina, gobernador de provincia en tiempo del Sr. Bravo Murillo, y uno de los niños mimados de la situación, ha recibido el nombramiento de ministro del tribunal de Cuentas.

Los Sres. Estrada y Escario están igualmente de enhorabuena; el primero porque pasa á la dirección de contribuciones, y el segundo porque entra en la de propiedades del Estado.

Después del discurso que pronunció ayer el Sr. Sagasta, vimos al duque de Tetuan subir á la tribuna, y creímos que iba á dirigir su autorizada voz al Congreso.

Por una equivocación, decíamos en el número anterior que El Reino publicaba noticias muy circunstanciadas sobre los planes de los revolucionarios aragoneses...

El ayuntamiento de Pontevedra ha acordado por unanimidad hacer dimisión, á consecuencia de haberse suspendido la real orden de 23 de enero último en que se disponía la traslación de la com

mandancia general, que se hallaba en Vigo, á aquella capital.

Creése que el general Echagüe no marchará á Filipinas, por el mal estado de su salud.

Desearo que la enfermedad del Sr. Echagüe tenga una terminación feliz, para lo cual le aconsejariamos un cambio de aires, felicitamos al general Ros de Olano...

Ayer juró y tomó asiento en el Congreso el señor D. Francisco de los Ríos Rosas, diputado por el distrito de Olvera, provincia de Cádiz.

Gran número de demócratas aragoneses recibieron al Sr. Rivero en la estación del ferrocarril, acompañándole hasta la fonda con muchas encendidas.

En prueba de que el proyecto del ferrocarril de los Aldudes no es perjudicial á la defensa del territorio ni á los intereses de la provincia de Navarra, publica El Pueblo el siguiente extracto de varias comunicaciones telegráficas:

«PAMPLONA 28.»—Los parientes del general Mina felicitan al Sr. Salamanca por sus magníficos discursos en las Cortes.

La sociedad de la Constancia, compuesta de doscientos catorce individuos, felicita con entusiasmo al Sr. Salamanca por el brillante discurso que ha pronunciado en el asunto relativo al ferrocarril de los Aldudes.

Leemos en La Correspondencia: «Las cartas y noticias que nos llegan de las provincias, no dejan duda alguna de que los partidos extremos no cesan de trabajar contra el orden público...

«EL FERRO-CARRIL DE LOS ALDUIDES BAJO EL ASPECTO DEL SENTIDO COMUN.»—Los enemigos del ferrocarril de los Aldudes han empezado esta campaña queriendo aparecer imparciales...

«DICE EL PUEBLO:»

«EL FERRO-CARRIL DE LOS ALDUIDES BAJO EL ASPECTO DEL SENTIDO COMUN.»—Los enemigos del ferrocarril de los Aldudes han empezado esta campaña queriendo aparecer imparciales...

«DICE EL PUEBLO:»

«EL FERRO-CARRIL DE LOS ALDUIDES BAJO EL ASPECTO DEL SENTIDO COMUN.»—Los enemigos del ferrocarril de los Aldudes han empezado esta campaña queriendo aparecer imparciales...

«DICE EL PUEBLO:»

«EL FERRO-CARRIL DE LOS ALDUIDES BAJO EL ASPECTO DEL SENTIDO COMUN.»—Los enemigos del ferrocarril de los Aldudes han empezado esta campaña queriendo aparecer imparciales...

«DICE EL PUEBLO:»

«EL FERRO-CARRIL DE LOS ALDUIDES BAJO EL ASPECTO DEL SENTIDO COMUN.»—Los enemigos del ferrocarril de los Aldudes han empezado esta campaña queriendo aparecer imparciales...

marcaciones particulares que ejercieren autoridad, mando civil ó militar, ó jurisdicción de cualquiera clase al hacerse las elecciones...

Tampoco podrán ser los alcaldes de los pueblos por los distritos respectivos cuando el número de electores de aquellos exceda de la cuarta parte del total del distrito.

Art. 3.º Tampoco podrán ser elegidos diputados: Primero. Los que al tiempo de las elecciones se hallen procesados criminalmente y bajo auto de prisión.

Art. 4.º Los diputados á Cortes solo pueden ser nombrados en todo el tiempo de la diputación respectiva para los empleos declarados compatibles con aquel cargo...

Art. 5.º Las comisiones con sueldo se reputan empleos para los efectos de esta ley, cuyos artículos 2.º y 4.º alcanzan también á los jefes y empleados con sueldo de la real casa.

Art. 6.º Los diputados á Cortes no pueden recibir del gobierno ni de la casa real pensiones, honores ó condecoraciones.

Palacio de Congreso 18 de febrero de 1862.—Cristóbal Martín de Herrera.—José del Río González.—Tomás de la Calzada y Rodríguez.—Jacinto Balmaseda.—Miguel Banuelos.—El marqués de San Carlos.—Jorge Añón.

«DICE EL PUEBLO:»

«EL FERRO-CARRIL DE LOS ALDUIDES BAJO EL ASPECTO DEL SENTIDO COMUN.»—Los enemigos del ferrocarril de los Aldudes han empezado esta campaña queriendo aparecer imparciales...

«DICE EL PUEBLO:»

«EL FERRO-CARRIL DE LOS ALDUIDES BAJO EL ASPECTO DEL SENTIDO COMUN.»—Los enemigos del ferrocarril de los Aldudes han empezado esta campaña queriendo aparecer imparciales...

«DICE EL PUEBLO:»

«EL FERRO-CARRIL DE LOS ALDUIDES BAJO EL ASPECTO DEL SENTIDO COMUN.»—Los enemigos del ferrocarril de los Aldudes han empezado esta campaña queriendo aparecer imparciales...

«DICE EL PUEBLO:»

«EL FERRO-CARRIL DE LOS ALDUIDES BAJO EL ASPECTO DEL SENTIDO COMUN.»—Los enemigos del ferrocarril de los Aldudes han empezado esta campaña queriendo aparecer imparciales...

«DICE EL PUEBLO:»

«EL FERRO-CARRIL DE LOS ALDUIDES BAJO EL ASPECTO DEL SENTIDO COMUN.»—Los enemigos del ferrocarril de los Aldudes han empezado esta campaña queriendo aparecer imparciales...

«DICE EL PUEBLO:»

«EL FERRO-CARRIL DE LOS ALDUIDES BAJO EL ASPECTO DEL SENTIDO COMUN.»—Los enemigos del ferrocarril de los Aldudes han empezado esta campaña queriendo aparecer imparciales...

del Norte, dando así un apoyo moral y material á esta empresa, como ninguna otra le ha recibido de los representantes del país; pero asegurada esta construcción, como lo está hoy, no hubieran tenido inconveniente, las mas, en votar el de los Aldudes.

De todos modos, basta para nuestro propósito haber demostrado que la cuestión no fué combatida por las razones que alegan los que la suponen muerta; sino precisamente, por razones locales y de provincialismo que varian muchas veces, y que no son permanentes y fundamentales.

Examinemos ahora imparcialmente, y á los ojos del buen sentido, el argumento militar, el argumento de la defensa del territorio, y el de la defensa del país.

Desde luego salta á la vista una observación general, evidente, incontradecible, superior á los cálculos de la escuela, y superior á los escollos de los hombres mas inteligentes, que se dedican con ardor á probar que los Pirineos no deben abrirse; y esta observación general consiste en que los Pirineos están ya abiertos por la parte de los Aldudes precisamente; y no hay razón alguna, por ingeniosidad que se presente, que pueda ser valedera para sostener que los ferrocarriles, atravesando el Pirineo, son perjudiciales para la defensa del territorio, cuando existen ya carreteras generales para las necesidades del tráfico, y que serían mucho mas útiles para los transportes de guerra que los ferrocarriles.

«DICE EL PUEBLO:»

«EL FERRO-CARRIL DE LOS ALDUIDES BAJO EL ASPECTO DEL SENTIDO COMUN.»—Los enemigos del ferrocarril de los Aldudes han empezado esta campaña queriendo aparecer imparciales...

«DICE EL PUEBLO:»

«EL FERRO-CARRIL DE LOS ALDUIDES BAJO EL ASPECTO DEL SENTIDO COMUN.»—Los enemigos del ferrocarril de los Aldudes han empezado esta campaña queriendo aparecer imparciales...

«DICE EL PUEBLO:»

«EL FERRO-CARRIL DE LOS ALDUIDES BAJO EL ASPECTO DEL SENTIDO COMUN.»—Los enemigos del ferrocarril de los Aldudes han empezado esta campaña queriendo aparecer imparciales...

«DICE EL PUEBLO:»

«EL FERRO-CARRIL DE LOS ALDUIDES BAJO EL ASPECTO DEL SENTIDO COMUN.»—Los enemigos del ferrocarril de los Aldudes han empezado esta campaña queriendo aparecer imparciales...

«DICE EL PUEBLO:»

«EL FERRO-CARRIL DE LOS ALDUIDES BAJO EL ASPECTO DEL SENTIDO COMUN.»—Los enemigos del ferrocarril de los Aldudes han empezado esta campaña queriendo aparecer imparciales...

«DICE EL PUEBLO:»

«EL FERRO-CARRIL DE LOS ALDUIDES BAJO EL ASPECTO DEL SENTIDO COMUN.»—Los enemigos del ferrocarril de los Aldudes han empezado esta campaña queriendo aparecer imparciales...

FOLLETIN DE EL CONTEMPORÁNEO.

LA MARQUESA DE BELVERANO.

LEON GOZLAN.

—¿Temí haber sido olvidado?... —Caballero... dijo Paula á media voz, eso no está bien hecho.

—¿Ha sido muy injusto. —Señora marquesa, temí ser importuno.

—¿O no se temen tantas cosas, ó se presenta uno á pesar de ellas. Ved si he temido yo venir por la mañana á la casa de un joven para pedirle un favor....

—¿Un favor! ¡Ah! ¿Cuánta dicha!... —Un favor, muy difícil.

—¿Difícil!... ¿Para quién, señora? —Para ambos; para los tres, porque mi hermana no es indiferente á él....

—¿Yo no soy indiferente á nada de cuanto atañe á tu dicha, Virginia. —¿A vuestra dicha, señora marquesa? La marquesa miró á su hermana.

Paula comprendió que había avanzado demasiado, calló y dejó hablar á la marquesa.... —Sr. de Rosenthal, ¿sois amigo del conde de Manfred?

La marquesa esperó inútilmente un sí. —¿Habeis sido amigo suyo? —Sí, señora.

—¿Habeis recorrido con él la Italia? —Yo, con las preocupaciones de un artista, M. de Manfred con las de un hombre cuya fortuna está muy comprometida.

—¿Por las circunstancias políticas? —Sí, señora, por las circunstancias políticas.

—Esta es la parte.... ¿cómo diré?... delicada de nuestra conversación.

La marquesa hubiera agradecido que Rosenthal le alentase con una palabra, con un gesto; pero el grave alemán no desplegó los labios.

—¿El conde, prosiguió, os habrá hablado indudablemente en la intimidad de los viajes, de la extensión y del valor de sus bienes?

—Algunas veces, respondió Rosenthal. —¿Los habeis estimado en muy elevado precio? Rosenthal no contestó.

—¿Mi hermana os pregunta.... —He comprendido, dijo Rosenthal volviéndose hacia Paula.

—¿Había sospechado al oír esta pregunta un motivo muy vivo de curiosidad, para no conocer que le arrastraban á un terreno en el que podía verse comprometida la reputación de Manfred?

—Su palabra, pues, fué dudosa; y contestó á las dos miradas que le interrogaban.

—¿Dios mío, señoras, ya sabeis que en Italia.... Os contaba mejor que á mi que en Toscana especialmente, una gran fortuna no representa siempre una renta proporcionada. Es tan fecunda la tierra.... tan abundante los productos.... que su apreciación en dinero no es difícil.... Sin embargo, supongo.... creo.... que las rentas del conde.... ¿A dónde querrá ir á parar? pensó Rosenthal.

—¿Será una ocasión que me ofrezca para que me venga del perjurio conde? ¿Qué le importan, después de todo la pobreza ó la opulencia del conde?... Yo he supuesto que Manfred lo debe todo á la marquesa.... y no es así.

—¿La marquesa repitió su pregunta con mayor precisión. —¿Vos, como mi hermana y yo, y como todo el mundo, habeis notado el cambio prodigioso que se ha operado en la existencia del conde. Arruinado hace un año, hásele visto de pronto derrochar sumas....

—¿Enormes, repitieron Virginia y Paula. En la Haya, Berlín, Viena y Florencia, ha hecho un género de vida.... —Una vida que nunca hizo, dijo Rosenthal lleno de odio hacia aquel rival que le enroscaban á discreción.

—Sin duda le han sido devueltos sus bienes, dijo la marquesa. —¿Sí señora, devueltos y confiscados nuevamente al poco tiempo.

—¿Creéis, dijo francamente la marquesa, que con las rentas de sus bienes, considerablemente reducidas por los daños que los causaron los revolucionarios, haya podido subvenir á los enormes gastos de que acabamos de hablar?

—¿Es muy extraño, pensó Rosenthal, que la marquesa desee saber el origen de las prodigalidades de Manfredi, puesto que es ella.... ella sola.... —¿No será ella?

—¿Me tiende un lazo?

—¿Si no es ella quien derrama el oro.... ella, la querida.... ¿Quién es, pues? —Lord Murton.

—¿Y por qué lord Murton? —¿A título de qué? Porque á falta de la marquesa.... so- lo él....

—¿Aquí hay una infamia: ¿dónde está? La marquesa la ignora y la busca; me interroga, me investiga para conocerla....

—¿Me basta decir una palabra para derribar á mi hombre, dejando á los sucesos el cuidado de anonadarlo.... —¿Diré esa palabra?

—¿Inquieta del silencio que guardaba Rosenthal, añadió la marquesa con gracia seductora: —Caballero Rosenthal, ¿sabeis que yo amo al conde de Manfredi?

—¿Rosenthal se inclinó en señal de asentimiento, palideciendo á la par. —¿No es cierto que lo sabeis? —Sí, señora.

—¿Paula dijo en italiano y en voz baja á su hermana, —¿Pronto! ¡Pronto! ¡Pronto!

—¿El horroroso egoísmo de la mujer que ama, ese egoísmo que la convertiría en ladrona, impidió á la marquesa comprender la advertencia llena de bondad de su hermana Paula.

—¿Y añadió con airoso sencillez. —¿Mi amor al conde exige que yo sepa si sus rentas igualan á mis gastos. Yo tengo el deber, el derecho de saber....

—¿Y bien, señora? La verdad.... —Os escuchó, sí; decid la verdad. —Las rentas del conde son....

—¿Son?... —¿Mas que suficientes para justificar sus gastos.

—¿El hermoso semblante de la marquesa se iluminó con una alegría que se transmitió á Paula, como un vivo rayo de sol.

—¿Pero Paula observó el movimiento nervioso que costó á Rosenthal aquella mentira tan noble, que salvaba la reputación del conde.

—¿Rosenthal fijó entonces sus miradas en los grabados que decoraban las paredes, sin notar que esto equivalía á despedir á las dos mujeres:

—¿Estas se levantaron inmediatamente: —Este grabado es copia del cuadro de la Virgen que yo os regalé dijo Paula.

—¿Si señora, contestó Rosenthal. —¿Quién ha hecho esta obra maestra? Ahora no me atrevo á decirlo, repuso Rosenthal.

—¿Vos! ¿sois vos! —Sí, señora; yo le grabé en Munich el rey de Baviera, y solo tengo un sentimiento; el de no poder ofrecer uno de los doce ejemplares.... pues su magestad los encontró tan bellos que se los reservó todos.

—¿El rey! ¿qué indulgencia. —Pero me pagó, señora, en razon del sacrificio. —¿Con generosidad? —Sí, señora; ¡sí!

—¿Diez mil francos? —Aun mas.... aun mas. —¿Veinte mil? —No me pagó en dinero, pero....

—¿La cruz de... de alguna orden científica... —No señora.

—¿Rosenthal rompió la neta del pliego que acababa de sellar cuando llegaron las dos hermanas. —¿Leed, señora, dijo á Paula: es del rey de Baviera. Paula leyó:

—¿Mi querido artista: con gran satisfacción os anuncio que he obtenido de mi hermano el emperador de Austria, lo que habeis solicitado; el perdon absoluto con la restitución de bienes, de la señora condesa Paula de Belverano....

—¿[Gran Dios del cielo! exclamó Paula cayendo agoviada de reconocimiento á los pies de Rosenthal. ¿So habeis hecho por mí Por vos volveré á ver la Italia, la tumba de mi madre... Yo....

—¿Los sollozos ahogaron la conmovedora voz de la condesa. La cual se desmayó apretando contra sus labios las manos del artista.

—¿Pero aquel desfallecimiento solo duró un instante. Al volver en sí tuvo Paula un arranque sublime, pues dijo á la marquesa, sabiendo que Rosenthal la amaba profundamente:

—¿Hermana mía: ¡abrázale!... Abrázale por mí....

—¿Amias hermanas se separaron de Rosenthal, felices y contentas, y regresaron al palacio de la calle de Marbeuf en el carruaje de alquiler que las había conducido á la casa de Rosenthal.

—¿XIII. Había llegado por fin el día en que Manfredi, secretamente enriquecido por lord Murton, iba á casarse en secreto en la iglesia, es decir, definitivamente, con la

hermosa marquesa de Belverano, ó por mejor decir, con la condesa de Manfredi, su esposa.

—¿Elijóse la capilla de los Thernes, y á media noche, cuando la gran ciudad empezaba á dormirse, pronunció el sacerdote la última fórmula de aquel misterioso enlace.

—¿Lord Murton era uno de los testigos. Inmediatamente después, regresaron al palacio.

—¿Paula, como hermana mayor, y haciendo veces de madre, presidió la última toilette virginal de la marquesa.

—¿Luego, así que hubo apagado todas las antorchas de la alcoba nupcial, excepto una, se retiró á sus aposentos.

—¿En una habitación inmediata pasaba, entre lord Murton y Manfredi, una escena inaudita, y seguramente sin ejemplo en la vida ordinaria de los hombres.

—¿Lord Murton estaba sentado á un extremo del salón. Manfredi lo estaba en el aposento.

—¿La aguja del péndulo señalaba las doce y media: luego marcó la una, y ninguno de aquellos se movió.

—¿Tampoco cambiaron una sola palabra. Sonó la una y media.

—¿Lord Murton se levantó. Manfredi hizo lo propio maquinalmente.

—¿Marcharon el uno hacia el otro lentamente, y cuando se hallaron cara á cara, Manfredi dirigió una mirada de súplica á lord Murton: pero este no quiso reparar en ello y pasó de largo.

—¿Manfredi no se movió. Volvió lord Murton: idéntico llamamiento á la misericordia del inglés de parte del italiano; idéntica indiferencia en aquel.

—¿Dieron las dos, y las cosas seguían en el mismo estado. Pero empezaba á dejarse por la impasibilidad de lord Murton.

—¿Revelábase por una especie de patalo sobre la alfombra; por ese movimiento de hombros, enteramente inglés, seco, de acero.

—¿Al cabo de un cuarto de hora de este nervioso ejercicio, lord Murton para hacer comprender á Manfredi que era hora de acabar, se colocó delante del reloj.

—¿Parece como que tomaba á las horas por testigo de una larga paciencia que espira.

—¿Manfredi apoyó los codos en la chimenea. Lord Murton, como una postera complacencia, hizo lo propio y miró á Manfredi: la mirada de éste estaba llena de lágrimas y suspiros.

—¿(Se continuará.)

